



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11051

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraordinario.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 7 DE SEPTIEMBRE DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA REVERSION DE LOS MUELLES

Hace unos días nos ocupamos en un sueldo de este asunto que ya ocupó á nuestro periódico hace años.

Por la ley actual de presupuestos fué autorizado el ministro de Hacienda para procurar la reversion al Estado de los importantes muelles particulares que se extienden al Oriente de la bahía, y que son, por su situación cercana á la estación del ferrocarril minero, depósito constante de minerales, plomos y carbones.

Las gestiones para la reversion han comenzado. La Junta de obras del puerto ha sido autorizada á su vez para entender en el asunto, y es seguro que en breve será un hecho, pues ni el Ministro ni la Junta, que saben la importancia que tiene para el comercio la reversion, le han de oponer dificultades voluntarias.

Lo dijimos hace tiempo y lo repetimos ahora, por circunstancias especiales quedó muy reducido el muelle comercial de Cartagena en el proyecto de obras; pero de esto no se puede culpar á nadie, porque no pudieron extenderse aquellas fuera de lo que era propiedad del Estado al hacer el proyecto de muelle comercial. El resto del terreno lo había cedido el Estado á los particulares y éstos lo habían convertido en muelles para su propio uso ó para arrendarlos.

El estar esos muelles particulares cercanos á la vía por donde son arrastrados al puerto los productos de la sierra y el ser insuficiente el muelle comercial de Alfonso XII, para contener todo lo que al puerto llega y del puerto

sale, obliga á los exportadores á depositar en aquéllos la especie en que trafican; pero como esos muelles tienen distintos dueños que el Estado y éste no cobra nada y los otros sí, dáse la desigualdad sensible de que pagando todas las mercancías obras de puerto, solo una parte de ellas sale beneficiada; el resto, que tiene también en su daño el ser la mercancía más pobre,—como ocurre al mineral de hierro—tiene que ser depositado en propiedad particular abnando derechos de muelleaje.

La reversion de los muelles particulares al Estado acabará con esa especie de privilegio, que no ha debido existir nunca, pues desde el momento en que el Estado se decidió á construir el puerto y el muelle comercial, debió adquirir, para incluirlos en el proyecto, los terrenos que en mal hora cedió.

Ahora se reconoce la falta y se va á poner el remedio. Nunca es tarde si la dicha es buena; pero si cuando la señalamos nosotros se hubiese remediado, no hubieran pagado los exportadores de minerales y plomos los miles de pesetas que han pagado por depósito.

La decisón tomada tiende á restablecer la justicia y la igualdad y por ello felicitamos á cuantos han puesto mano en el asunto y al comercio local y de La Unión que han de recoger el beneficio.

TIJERETAZOS

En el Norte sigue reinando la anarquía sanitaria.

Por supuesto ¡si no ha habido tiempo de organizar los servicios!

En un momento de... dos meses ¿quién es capaz de preparar lazaretos y hospitales?

Por el ministro de la Guerra no ha quedado. Con los decretos de sanidad

que ha publicado él solo, había para desinfectar la isla de Cuba.

Y aun quedaría un retal para lo que fuera menester.

Dice «El Correo Español» en su artículo de fondo:

«Obras, obras, obras... Ya se contentará el colega con palabras, palabras, palabras...»

Después de todo, si las obras que «El Correo» reclama responden á lo que tiene en el pensamiento, más vale que la cosa se quede en conversaci3n.

Dice un periódico que el señor ministro de Hacienda tiene en estudio ciertos proyectos.

¡Mecachis! ¿Qué nuevo golpe nos amenaza?

Fuerte y á la cabeza, señor ministro.

Dénos V. E. la puñalada de misericordia y le quedaremos agradecidos.

El mal camino pasarlo pronto.

Los periódicos dan cuenta de una alianza pactada entre Alemania ó Inglaterra para las cuestiones de Asia, Africa y Oceanía.

Y añaden que puede ser de gran importancia para España.

Ya lo creo. Ahora sí que corremos peligro de quedarnos sin Filipinas.

¡Qué desengaño más horrible para los que creían que Alemania estaba resueltamente á nuestro lado!

PARENTESIS CUENTO ANDALUZ

Una graciosa gitana quej6se al juez de un partido de que su caro marido le zarraba la badana.

El juez le dijo al gitano: —¿Es cierto, vamos á ver, que pega usted á su mujer de modo tan inhumano?

—No señ6 jué, se lo juro, lo hago en broma, y cuando suelo pegarle, es con el pañuelo.

Puede usted estar seguro.

—Eso son vanos enredos, impóngale usted una pena.

No lo gasta, pues se suena casi siempre con los dedos.

Alfredo Rivera.

GLORIAS NACIONALES

Toma de Laguy (Francia) 7 de Septiembre de 1890.

Hallándose en situaci3n no muy desahogada los católicos de Francia que sostenían guerra con Enrique IV el «Bearnés», atendiendo á las indicaciones de aquellos, se decidió á mandarles eficaces auxilios, á cuyo fin dispuso pasara á Francia Alejandro Farnesio con un grueso cuerpo de ejército.

El 14 de Agosto penetró en la nación vecina, y como entonces se hallara por las tropas del «Bearnés» sitiado París, acordó tomar á Laguy, desde cuya poblaci3n le era fácil auxiliar á los sitiados, y sobre él marchó seguido de 25 mil infantes y 5,600 caballos.

Conocedor Enrique IV de la marcha de los de la Liga, abandonó las trincheras frente á la capital para esperarlos en Chelles, desde ocupó posiciones muy ventajosas, mandando entonces un mensajero al duque de Parma para invitarle á que aceptara la batalla con que le brindaba. Farnesio contestó que la aceptaría cuando lo tuviera por conveniente.

Esto sin embargo, para el mejor desarrollo de sus planes, hizo mover la primera línea muy extendida, como si se dispusiera al combate; pero tal maniobra no tuvo otro objeto que entretener al «Bearnés» y evitar que viera se dirigían á Laguy el grueso y retaguardia de las tropas enemigas.

Cuando Enrique conoció la burla, se dirigió á la mencionada poblaci3n con 35.000 hombres; pero como el de Parma ya establecido el sitio y muy bien fortificados los arrabales, nada pudo hacer mas que tirotear las avanzadas.

El día 7, ya bastante quebrantada la plaza por la artillería de los sitiadores, Farnesio sacó sus tropas de las trincheras, desplegándolas frente á las de Enrique IV, quien, sorprendido por aquella rápida é inesperada operaci3n, tomó varias disposiciones, todas ellas des-

acertadas, lo cual fué aprovechado por el duque para ordenar el asalto, maniobra que dió excelente resultados, pues sorprendidos por ella los sitiados apenas pudieron defenderse; quedando la plaza en poder de las tropas de la Liga, á despacho del «Bearnés», que desde su campamento presenci3 la derrota de sus soldados de Laguy, sin poderles auxiliar.

MAESE RODRIGO.

(Prohibida la reproducci3n.)

Carta de un diplomático

Un distinguido diplomático español que reside en el extranjero, dirigia á un amigo el 16 de Julio la siguiente interesante carta, que por causas desconocidas, hasta hace pocos días no ha llegado á su destino:

«Querido amigo; Supongo que está V. en Madrid á causa de la crisis que atraviesa nuestra desgraciada patria, y allí le dirijo estos renglones en los que desahago la angustia patriótica que me atormenta.

Por fin hemos agotado hasta las heces la copa amarguísima de la desventura, y aunque el honor está salvado, por que el mundo ha visto que los «yanquis» con todo su poder no nos quitan las colonias sin derramar también sangre, esto no obsta para que me duela mucho ver confirmada á los ojos del mundo entero nuestra inferioridad.

España acaba al siglo como lo empezó, perdiendo colonias y barcos. Ni el cambio de instituciones, ni el progreso general, ni la experiencia adquirida, han servido para evitar nuestra desgracia.

Y quiera Dios que no perdamos más que las colonias, y que al tratarse de la paz definitiva no incurramos, como tantas otras veces, en el absurdo de preferir la vanidad al verdadero honor, y pasajero á lo permanente, lo que brilla á lo que vale en realidad. En un periódico he leído que los anglo americanos piden un puerto en Canarias. Espero no se lo daremos ni aun á cambio de Filipinas.

Espero que no sacrificaremos á verdaderos españoles por los mulatos y lo mestizos de América y Asia.

VI.

La entrada en Madrid fué una ovaci3n inmensa para la princesa y para los reyes, que la habían traído.

Los carruajes apenas podían adelantarse entre el apiñado gentío.

Se comprendía esto: la princesa por sus actos en los dos años que anteriormente había estado en la corte, había sido tan española en su política, había sabido balagar de tal modo las tendencias nacionales, que había adquirido una popularidad inmensa.

A más de esto, todos habían visto que desde el destierro de la princesa de la corte, los negocios habían empeorado, que se habían agotado los recursos; que solo la princesa de los Ursinos podía llevar adelante el empeño en que se encontraba metida la nación con el rey; veían que solo ella, robustecida por el poder real, podía enfrenar á la nobleza, que ostentaba sin miedo sus pretensiones de reconquistar todos sus privilegios y todo su antiguo y pernicioso poder; que solo ella podía ahogar las tendencias del clero á dominarlo todo y acabar con aquella guerra palaciega que debilitaba la monarquía en los momentos en que necesitaba de la concentra-

ci3n de todo su poder para luchar con los enemigos de Luis XIV, que favorecían al pretendiente del trono de España.

El pueblo, en fin, veía en la princesa un auxiliar poderoso, un elemento de fuerza que podría acabar en breve espacio con el angustioso estado de las cosas, y la aclamaba por egoísmo.

VII.

Al llegar al alcázar, la reina se llevó, como robada, á su cámara á la princesa, y si la soltó pronto fué para que la princesa descansase.

II.

—Doña Isabel, dijo la princesa á una de sus damas: hacéme el favor de decir á un criado que preparen una silla de manos y la tengan dispuesta en el momento, al pié de las escaleras de servicio de la portería de damas.

Doña Isabel salió y volvió al momento.

—¿Quiérela un manto de terciopelo negro con velo tupido, dijo la princesa: ¿le hay?

—¡Oh! sí, señora; como vuestra alteza guste; pero hace demasiado calor para terciopelo; uno de carga sería mejor.

—Es que á pesar del calor, tengo frío, dijo dulcemente la princesa: no estoy buena, y un manto de terciopelo me vendrá bien.

—En efecto, señora, dijo doña Isabel: vuestra alteza está muy pálida.

—¡Oh! nada; un poco de destemplada: la fatiga de ese largo viaje.

Doña Isabel no insistió, y fué á buscar el manto.

—Tened la bondad de prenderme, dijo la princesa, y de ver luego si está ya dispuesta la silla de manos.